

Alice
Miller

EL SABER PROSCRITO

Biblioteca Alice Miller

TUSQUETS
EDITORES



Alice Miller
EL SABER PROSCRITO

Traducción de Joan Parra Contreras

Titulo original: *Das Verbannte Wissen*

1.^a edición en esta presentación: mayo de 2022

1.^a edición en colección Ensayo: septiembre de 1990

6.^a edición en colección Ensayo: agosto de 2018

© Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 1988

Todos los derechos reservados y controlados a través de Suhrkamp Verlag Berlin

© de la traducción: Joan Parra Contreras, 1990

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-129-1

Depósito legal: B. 5.691-2022

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Prólogo.....	9
--------------	---

I. EL FATAL LETARGO DE LA HUMANIDAD

1. Fiesta de san Nicolás.....	21
2. Matar por la inocencia de los padres.....	31
3. El niño malo: cuento de hadas favorito de los científicos.....	51
4. Escudarse en teorías.....	71
5. Los que fingen querer saber.....	105
6. El alto precio de la mentira.....	121
7. Solo la verdad sirve de ayuda.....	153

II. EL DESPERTAR

1. Mi camino hacia mí.....	177
2. El testigo iniciado.....	201
3. El niño pone límites.....	211
4. Por qué rechazo el psicoanálisis también como método terapéutico.....	217

III. APÉNDICE

Cómo salir de la trampa.....	231
Referencia de las obras citadas.....	243

1 Fiesta de san Nicolás

Hay muchos ejemplos que muestran hasta qué punto la represión del propio sufrimiento destruye nuestra sensibilidad hacia el sufrimiento ajeno. Tomaré un ejemplo en apariencia candoroso y lo analizaré a continuación exhaustivamente. Un día, paseando por el bosque, tropecé casualmente con una reunión festiva. Varias familias se habían congregado con sus retoños, habían encendido luces en los linderos del bosque y habían invitado a san Nicolás a reunirse con ellos. Según la tradición, a esa invitación precede un encuentro entre las jóvenes madres y san Nicolás, en el que ellas informan a este acerca del comportamiento y la actitud de sus hijos. San Nicolás registra las correspondientes culpas en un grueso libro a fin de poder hablar con los niños como si fuera un ser omnisciente. Las madres esperan verse así apoyadas en sus medidas educativas, y ciertamente obtienen ese apoyo, pues durante todo el año siguiente pueden traer a colación el diálogo del santo con el niño y decirle a este: «Ya sabes que san Nicolás lo ve todo, así que a ver si te portas bien para que la próxima vez esté más contento».

¿Cómo transcurrió aquella ceremonia de la que fui

testigo casual? San Nicolás riñó y a continuación felicitó a unos diez niños, uno tras otro. Solo una niña no fue reprendida, sin duda porque su madre no había creído necesario informar por escrito a un desconocido sobre las faltas cometidas por su hija. San Nicolás habló aproximadamente como sigue:

—¿Dónde está Vera?

Una niña de apenas dos años compareció con ojos ingenuos y expectantes y se puso a mirar abiertamente y con curiosidad la cara de san Nicolás.

—Mira, Vera, a san Nicolás no le gusta nada que no quieras recoger tus juguetes solita. Mamá no tiene tiempo, y tú ya eres lo bastante mayor para saber que después de jugar tienes que recoger tus juguetes y que además tienes que compartirlos con tu hermanito y no quedártelos para ti sola. A ver si el año que viene te portas mejor; esperemos que sí. San Nicolás verá lo que pasa dentro de tu cuarto y sabrá si te portas mejor. Pero también ha visto cosas buenas: ayudas a tu mamá a recoger la mesa después de comer, y ya sabes jugar solita y a veces también dibujar sin que mamá te haga compañía. Eso está muy bien, porque mamá no tiene tiempo para estar siempre contigo, también tiene a tu hermanito y a papá, y necesita que Vera sepa arreglárselas sola. Bueno, Vera, ¿te has aprendido una canción para cantársela a san Nicolás?

Vera estaba totalmente atemorizada y no pudo pronunciar palabra, así que la madre tuvo que cantar en su lugar la canción que la niña había preparado. Para acabar, san Nicolás extrajo un paquete de su saco y se lo dio a Vera.

Le tocó el turno al siguiente niño.

—Vaya, vaya, Stefan, de modo que aún sigues necesitando el chupete. Ya eres demasiado mayor para eso (*Stefan tiene apenas dos años y medio*). Si has traído el chupete, puedes dárselo ahora mismo a san Nicolás (*los demás niños se ríen*). ¿No lo has traído? Pues esta noche lo dejas encima de la mesita de noche o se lo das a tu hermanito. Tú ya no necesitas chupete, eres demasiado mayor. San Nicolás también ha visto que a la hora de comer no te comportas con formalidad y no guardas silencio cuando las personas mayores están hablando. Cuando las personas mayores hablan, tienes que estarte calladito. Eres demasiado pequeño para estar siempre molestando.

Me pareció que Stefan estaba a punto de echarse a llorar. Estaba completamente atemorizado y se sentía avergonzado ante todos los demás. Para hacerle sentir que él también tenía derechos, dije:

—Hace un momento acaba de decir usted que Stefan es demasiado mayor para usar el chupete, y ahora dice que es demasiado pequeño para hablar en la mesa. Stefan no necesita que nadie le diga cuándo tiene que dejar el chupete; cuando deje de necesitarlo, ya se dará cuenta él mismo.

Varias madres me interrumpieron, ya que mis palabras estaban totalmente fuera de lugar en aquella ceremonia, y una de ellas decidió pararme los pies:

—Aquí el único que tiene algo que decir es san Nicolás.

Así que desistí de mi buen propósito y me limité a grabar la escena con un pequeño aparato, ya que apenas podía dar crédito a mis oídos. La escena prosiguió tal como había empezado: nadie parecía notar la

cruidad de todo aquello, nadie veía la turbación en los rostros de los niños (aunque los padres no paraban de hacer fotos con flash), a nadie le llamaba la atención que ninguno de aquellos niños vilipendiados fuera capaz de recordar la poesía o la canción preparadas para el caso, ni de articular palabra, ni apenas de decir gracias; nadie se daba cuenta de que ninguno de los niños sonreía con espontaneidad, ni de que estaban todos como paralizados por el miedo. Nadie parecía notar que en realidad allí se estaba jugando con los niños a un nefasto juego de abuso de poder.

Esto fue, por ejemplo, lo que tuvo que escuchar un niño de apenas dos años:

—Ay ay ay, Kaspar... He visto que te gusta tirar tus juguetes por los aires. Eso es muy peligroso, porque puedes darle a tu mamá en la cabeza, y entonces tu mamá tendría que guardar cama y no podría cuidar de vosotros, y no podría cocinar, y te quedarías sin comer. O puedes darle a tu hermano o a tu papá, y entonces tendrían que guardar cama los dos, y mamá tendría que cuidarlos y llevarles la comida. Y entonces no podrías jugar porque tendrías que ayudar a mamá. —Y en ese estilo continuó la cosa.

Me parecía muy dudoso que el pequeño hubiera entendido algo, pues sus ojos estaban llenos de confusión. Pero si algo había podido captar, habría sido aquel tono malhumorado y la información de que podía traer la desgracia a su familia, y que como castigo tendría que arreglárselas sin su madre. Es poco probable que entendiera de verdad por qué podía ser un peligro para su familia. Pero su malestar era más que

evidente. Su madre, sonriente, parecía sin embargo no darse cuenta de ello.

Todos los niños querían que san Nicolás estuviera contento con ellos, querían oírle decir algo bueno, pero antes de oír lo «bueno», tenían que escuchar las cosas malas que habían hecho. Ello perturbaba ya de entrada su espontaneidad y su atención. Pues la reconvención producía miedo, y ese miedo tenía que ser reprimido para poder guardar un buen recuerdo de aquella ceremonia, tal como los padres deseaban. Su inconsciente nunca podrá desembarazarse de la certeza de que el niño que un día fueron era malo, pero en un nivel consciente se aferrarán durante decenas de años a la versión coloreada de aquella ceremonia. Por eso, cuando sean padres tratarán a sus hijos de la misma manera y esperarán también que la hermosa celebración les haga felices. No se preguntarán si existe realmente algún motivo que justifique el someter a un niño a semejantes prácticas.

La mayor virtud que san Nicolás, en su papel de portavoz de los padres, constataba en los niños era la capacidad de jugar solos y no necesitar a sus madres. A uno de los niños llegó a decirle textualmente:

—También tengo cosas buenas que contar sobre ti: ayudas a tu mamá a recoger la mesa; eso está muy bien, porque tu mamá no puede hacerlo todo ella sola. Pero acuérdate también de recoger tus juguetes; en eso tu mamá no puede ayudarte, tienes que hacerlo tú solo.

Esa argumentación también le parecía lógica a san Nicolás: mamá no tiene que ayudar a su hijo de tres años, es él quien tiene que ayudar a mamá. La dispo-

sición a ayudar era otra de las pocas cualidades positivas de los niños: sabes estar solo, recoges tus juguetes, los compartes con tu hermanito pequeño, y no necesitas a tu madre. En cambio, el hablar, el oponer resistencia, el no ser aún adulto y la necesidad natural de ayuda, afecto y consuelo eran objeto de reconvencción. Para el niño de tres años que tiene un hermanito al que ve mamar, el chupete no es con frecuencia más que un pequeño consuelo en su soledad. El niño no quiere importunar a la madre con sus celos, y el chupete le ayuda a contenerlos.

A primera vista resulta asombroso que ninguno de los adultos presentes reparara en el miedo de los niños y en lo amenazante de san Nicolás. Nada en absoluto hacía sospechar que aquellas madres no quisieran a sus hijos; se esforzaban en ayudarles, cantando la canción o recitando la poesía. Era evidente que se habían esmerado para brindarles a los niños una hermosa fiesta, una experiencia que los niños recordarían con alegría, emoción y gratitud. Quizás incluso alcanzaran su objetivo: tal vez todos los niños lograsen archivar en su nivel consciente solo el buen recuerdo. Pero para ello habrán tenido que reprimir sentimientos muy intensos: el temor a aquel desconocido que, omnisciente como Dios, parecía conocer con exactitud todas sus faltas; el impotente desespero de no poder esconderse en ninguna parte, porque se es niño; y el sentimiento de vergüenza provocado por la reprimenda pública. Con todo, lo peor, a mi parecer, era que se dejaba a los niños a solas con esos sentimientos; las sonrientes madres eran a todas luces incapaces de comprender lo que sucedía, pues de

lo contrario jamás habrían puesto a sus hijos en semejante trance.

¿Por qué aquellas madres eran incapaces de comprender? ¿Por qué todas ellas, con una sola excepción, entregaron a sus hijos a un extraño, dejando en manos de este toda responsabilidad? ¿Por qué delataron a sus hijos y permitieron que un desconocido los riñera en público? ¿Por qué permitieron que otros niños se burlaran de ellos? ¿Por qué expusieron a sus hijos a semejantes sentimientos en lugar de brindarles su amparo? ¿Por qué no se identificaron con los niños indefensos?

La explicación más corriente suele ser que los padres se ven sobrecargados en su función educativa. Se lo plantean más o menos así: ya que la costumbre de recurrir a san Nicolás está, para bien o para mal, institucionalizada, ¿por qué no echar mano de ella, aprovechando lo que esa tradición tiene de bonito y lo que tiene de útil? Pero el san Nicolás al que se remonta esa costumbre era un obispo que por navidades repartía alimentos a los pobres, sin aprovechar la ocasión para inculcarles consejos educativos ni amenazarles con una vara. Fueron los esfuerzos educativos de los padres los que hicieron de él una institución destinada a repartir reconvenciones y elogios, hasta el punto de que en la Alemania de la posguerra san Nicolás aparecía a veces con un saco del que asomaba una pierna infantil, a fin de que el niño sermoneado no tuviera la menor duda de que podían meterlo en el saco como castigo a sus maldades.

Esta información, entre otras, me ayudó a comprender la postura de los padres de hoy en día. Sus

padres que, hace treinta años, les sometían a semejantes intimidaciones no les daban, sin duda, ninguna oportunidad de defenderse contra tal crueldad. Los niños no tenían más remedio que reprimir sus sentimientos. Cuando esos niños de ayer, ahora madres y padres, organizan hoy una fiesta de san Nicolás, no puede sorprender que en ese momento su compasión hacia los niños se halle bloqueada, que sus propios terrores reprimidos hace treinta años se alcen como una barrera que los separa de los sentimientos de sus hijos. Lo que no me dejaron ver a mí, tú tampoco puedes verlo; lo que a mí no me perjudicó, tampoco te perjudicará a ti.

Pero ¿es acaso cierto que no les perjudicó, y que esa clase de tradiciones son hermosas, buenas e inofensivas solo porque van acompañadas de bonitas luces y colores? Mediante semejantes ceremonias y mediante su propia actitud, los padres provocan en el niño la temerosa certeza de la propia maldad, una certeza que quedará para siempre archivada en el inconsciente. Al mismo tiempo le imposibilitan la percepción de la crueldad a la que se le somete, y provocan su futura ceguera. Si las madres no hubieran tenido que reprimir, treinta años antes, crueldades similares, tendrían los ojos abiertos y prestarían oídos a la situación de sus hijos, y sin duda no los entregarían a las amenazas, el miedo, la vergüenza y la burla públicos, y no los dejarían solos. Sin duda no necesitarían durante todo el año la ayuda de san Nicolás para chantajear a sus hijos y convertirlos a su vez en chantajistas. Por el contrario, harían lo posible para que sus hijos tuvieran que reprimir menos cosas y para que más tar-

de, ya adultos, fueran capaces de asumir una mayor responsabilidad sobre sus actos.

Algunas personas me acusan de exagerar cuando califico de malos tratos a lo que ellos consideran una educación severa pero «normal», que «nada tiene de extraordinario». Pero es justamente el hecho de que ese tipo de educación esté tan extendido lo que hace necesario poner en guardia contra él.